
FLORESTA INFANTIL.

Periódico de niños de ambos sexos.

Los niños de Dios.

HECHO HISTÓRICO.

Gaffori.

La Córcega; ese país que Strabon y Séneca han calumniado tanto, ha merecido mas justicia á Diadore de Sicilia quien por su buen proceder ha adquirido la estimacion de los modernos. Se ha reconocido que el sentimiento de lo justo y de lo injusto era innato entre sus habitantes, y las grandes acciones de sus héroes, han sido acogidas con una simpática admiracion. El hecho que voy á contar, es uno de esos rasgos característicos que forman época en la historia de una nacion.

Esto era en 1746, en la mitad del trabajo de renovacion general que operaba en aquella época el mundo civilizado. Dos naciones

que por su posición geográfica y carácter respectivo tenían empeñada hacia largo tiempo una sorda rivalidad, ofrecían el espectáculo de una lucha en la cual las vicisitudes y las proporciones gigantescas hubieran sido dignas de inspirar á algun novel Homero una larga y brillante opopeya. La libertad corsa en guerra con la tiranía genovesa forma uno de los episodios mas curiosos y mas interesantes del presente siglo, donde todas las libertades tanto las del cuerpo como las del pensamiento, se desatan poco á poco de las cadenas puestas hacia largo tiempo por el mas refinado despotismo.

La Córcega como todos los países que quieren reconquistar la independencia, habia buscado su salud en la eleccion de gefes de verdadero patriotismo y de valor á toda prueba. Esto habia de ser para ella infalibles prendas de seguridad. La eleccion recayó en los mas dignos; pero nosotros no nos ocuparemos aquí mas que de aquel que hace el objeto de esta corta historia; es decir, del heroico Gaffori cuyo nombre es objeto todavía de un culto religioso en el corazón de los fieles montañeses.

Genova pesaba todo el poder de su dominación sobre aquella generosa Córcega cuyo principal objeto habia sido en todos tiempos sostener contra sus ambiciosos vecinos los

derechos de su nacionalidad y de su existencia política.

Escasa de hombres y de dinero, la Córcega no perdía su valor. Las ofrendas públicas abundaban, los soldados semiuniformados corrían á las armas, y los oficiales partían con ellos los pocos recursos que les quedaban. Los tiranos no tenían armada semejante: de todo al parecer estaban provistos, y por lo tanto la empresa de los genoveses tenía todos los visos de temeraria. Mas los resultados fueron muy distintos de lo que presagiarse pudiera, y jamás una guerra á propósito de querellas y pretensiones reales ha producido tales milagros. Para que una nación pudiera realizar tales prodigios, necesita una fuerza moral sobrehumana, y esta fuerza no puede resultar mas que de una voluntad firme de reconquistar su independencia y de un deseo ardiente de verdadera libertad.

Los protectores de la patria, que así se llamaban los elegidos del pueblo Corso, habían resuelto una expedición decisiva. Se debía atacar al enemigo por diversas partes á la vez, y Gaffori nacido en Córcega, donde los genoveses acababan de establecer una formidable defensa, había solicitado el favor de encargarse de esta importante parte de la campaña.

La demanda de Gaffori le fué otorgada. A consecuencia de esto hubo una fiesta en el campo de los Corsos; pero fiesta grave, austera, cuyos signos característicos fueron la piedad y la reconciliacion. Esto era la víspera del dia en que debía tener lugar el ataque. Sin embargo, por la tarde se hicieron todos los preparativos de un combate cuyas consecuencias ya fuesen favorables ya adversas, debian ser incalculables.

Gaffori pasa revista á sus tropas. Si la elegancia de los soldados no es muy brillante, sus disposiciones suplen ámpliamente el defecto. La bravura, la impaciencia de combatir y de sacrificarse por la patria, late en todos los corazones y se representa en todos los rostros.

La ciudad de Córcega hacia tiempo que estaba bajo el poder de Génova, que ejercia en ella un despotismo intolerable, consecuencia forzosa de toda dominacion extranjera. Las denuncias y las muertes se sucedian con una rapidez extraordinaria, y los excesos de todo género eran llevados á tal extremo, que muchas familias, sobre todo las mas importantes, se habian decidido á emigrar no encontrando en sus hogares suficientes garantías de seguridad y proteccion. Pero aquella desercion que amenazaba ser general, habia sido contenida desde un prin-

cipio. El comandante genovés que no quería mandar una ciudad inhabitada, había tomado las mas severas medidas para quitar á aquel movimiento el carácter de una imponente simultaneidad. Las puertas fueron guardadas con una vigilancia sostenida, y nadie tenia permiso de salir á menos que no llevase un salvo-conducto firmado por las autoridades superiores, ó por el mismo Gobernador cuando se trataba de un habitante notable, ya fuese por su posicion ya por sus riquezas.

Un doble interés estimulaba al conde Gaffori: su familia habitaba en Córcega, y trabajaba por el afianzamiento de su patria y por librar á los suyos de la esclavitud en que vivian. ¿No debia esperarse con fundamento, que Dios ayudaria con su proteccion soberana á un hombre cuyo corazon era sumiso para someterse á una prueba en la que trataba de defender á la vez intereses tan sagrados como queridos?

La noche habia llegado: los soldados corsos reposaban el sueño como puede reposarse la vispera de una batalla decisiva en que cada cual piensa dar pruebas ostensibles de valor; los fuegos se extinguian poco á poco todo era silencio en el campo. Solamente de tiempo en tiempo un soldado hacia entender el grito de alarma.

—Centinela!.. alerta!...

Y estas palabras se estendian lentamente por todo el círculo del campo.

Los habitantes de alrededor afligidos por las inmensas desgracias que se preparaban pasaron la noche rezando de rodillas ante la imagen de Ntra. Sra.

Gaffori solo y refirmado en su tienda con la cabeza inclinada sobre el plano de la principal ciudadela, preparaba cuidadosamente su plan de ataque, cuando oyó cerca de sí un ruido extraño y prolongado.

—Quién vá allá? pregunta Gaffori con impaciencia.

—General dice un soldado que se presenta, una mujer se empeña en que quiere veros.

—Tengo prohibida la entrada en la tienda.

—Eso es lo que yo he respondido... Ella insiste, y jura invocando á la Virgen que hareis una excepcion para ella.

—Su nombre?

—Ella.

—Porqué no lo habeis dicho!

El soldado se inclina en señal de excusa.

—Ella... repite el general... la nodriza de mi mas jóven hijo... que entre al momento.

—Mi general, parece profundamente afligida.

—Gran Dios!... qué sucedel!... que trae Effia!

El soldado se retira.

En el mismo instante una mujer entra en la tienda.

Tendria unos veinticinco años de edad, de buena estatura, cabellos negros, y mirada viva é inteligente; ofrecia en su persona el tipo corso en toda su pureza, es decir, una feliz mezcla del carácter francés é italiano; pero en aquel momento todo su aspecto expresaba un solo sentimiento; el terror: estaba pálida, sus dientes crugian, y con las dos manos hizo por apoyarse sobre la mesa delante de la cual estaba el general.

—Qué hay? le dice este con ansiedad.

—Señor, responde Effia, os traigo una noticia terrible... Pablo, vuestro mas jóven hijo... mi hijo tambien....

—Y bien?... Acabad pues!

—Ha sido robado esta tarde por una tropa de hombres desconocidos y conducido á la Ciudadela.

—Mi hijo!... Mi hijo!... exclama el general levantándose con impetuosidad.

Permaneció un momento en esta actitud, pero muy pronto se dejó caer sobre el asiento, pálido, afligido, anonadado.

La nodriza permanecia siempre de pies; sus labios estaban convulsivos y su vista fija, co-

mo si hubiese sido presa de uno de esos transportes febriles que pueden quitar la vida en el corto espacio de un segundo.

—No es esto todo... dice ella con voz apenas perceptible, no es esto todo!

—Escucho, dijo Gaffori resignado.

—Como el niño se defendía le ataron las manos... Como gritaba le taparon la boca... y el jefe de aquellos soldados ha dicho al pasar por la gran plaza, á todo el que ha querido oír. «Ved el niño del rebelde Gaffori: al primer tiro disparado por los corsos en el día de mañana, morirá!»

Y la nodriza habiendo concluido lo que tenía que decir, prorrumpió en llanto y se dejó caer al suelo.

Con imponente sangre fría se acerca Gaffori y levantando á Effia le pregunta con dulce voz.

—La Señora Gaffori sabe todo esto? Ha oído los gritos de su hijo? Sabe que está en poder de los enemigos?

—Vuestra mujer señor! esclama la nodriza juntando las manos. Gracias á Dios, nó; ella se hubiera dejado matar por rescatar á su hijo. Santa María! si ella lo hubiera sabido hubiese sido preciso hacer dos sepulturas en lugar de una.

Gaffori inclina la cabeza sobre sus manos y parece reflexionar; pero apenas habían pa-

sado algunos minutos, dice con una tranquilidad menos real sin duda que aparente.

—Esta bien; dejadme solo Effia.

Gaffori despues de la salida de Effia, anuda el hilo de sus interrumpidos trabajos; su pensamiento no parecia de ningun modo ocupado fuera de aquel lugar. Solamente de tiempo en tiempo una sola gota de sudor corria de su frente y sus labios se contraian con fuerza. Al cabo de una hora dice á un soldado que hacia centinela á su puerta, que llamen al capitan Pedro Donati.

Pedro se presenta.

—He reflexionado todo, y mis resoluciones son definitivas, le dijo Gaffori, sin dejar entrever las congojas que debian lacerar su alma.... Al punto del dia el ataque! Esto fué todo; Gaffori no dijo una palabra de su niño.

II.

El bruto corso.

El sol se eleva radiante y hace relucir los cañones de los arcabuces corsos: la armada se estiende en la playa á manera de un desbordamiento tumultuoso, y muy pronto se ve á las falanges tomar con empeño las posiciones que los gefes les habian designado.

La ciudadela cuya construccion se remonta al siglo 15 y cuya obra es debida á Vicente



de Istria vice rey de Córcega célebre por su bravura y sus desgracias; la ciudadela repetimos se destacaba magestuosamente y soberbia se dejaba ver á pesar de los primeros vapores de la mañana. Sobre las murallas, detras de las almenas, al frente de las aspilleras, por todas partes se veían agitar las armas y los estandartes de los genoveses. De los dos lados el celo parecia el mismo, y este ademan belicoso era el signo avanzado de un combate terrible y decisivo. En esta jornada en efecto debían jugarse los destinos de dos pueblos igualmente rivales, el uno de conservar sus superioridad y el otro de recobrar su independencia.

Los gefes á las órdenes de Gaffori dejaban ver sobre su cara, no precisamente el signo del miedo ó del desaliento, sino una cierta inquietud, cuya causa no pudieron acertar á penetrar.

Pero esto no fué mas que una nube. Desde los primeros sonidos del clarin que retumbaron por el campo, Gaffori recobra toda su calma.

Él se pone á recorrer las diversas posiciones de su armada, arengando á los unos, excitando á los otros y anunciando que habia tenido en la noche anterior un sueño que lo consideraba como el presagio cierto de la caída próxima de la tiranía de los genoveses.

Esta confianza, gana súbitamente el corazón de los soldados, y una aclamación del mejor augurio recorre las filas de los batallones. Asegurado de estas disposiciones belicosas, Gafforri ordena el ataque sobre todos los puntos á la vez.

En un instante el polvo elevado por los pies de los soldados forma una enorme nube gris en medio de la cual brillaban como regueros de fuego las partesanas y los mosquetes. A esta nube sustituye bien pronto otra mas blanca y mas espesa vomitada por las bocas de los cañones. En todas partes se deja oír muy pronto un clamor inmenso, retumbante, sostenido, donde se confunden como en un infernal concierto, las provocaciones de los soldados, el relinchar de los caballos, el silvido de las balas, los chasquidos de las espadas, el derribamiento de las murallas y el clamor de los moribundos.

Los corsos en quienes el ardor de Gafforri penetraba tanto de admiración como de celo, podían enorgullecerse de haber obtenido una ventaja de las mas importantes. D. Fabiano, comandante de la armada genovesa, habia ordenado una salida, y sus batallones que se habian aproximado hasta las vanguardias corsas, acaban de recibir el premio de su temeridad. El encuentro habia sido terrible: seiscientos hombres á los que se les

había cortado la retirada, habían quedado aterrados bajo los golpes de los contrarios. Aquellos que tuvieron la suerte de librarse de la muerte, habían sido hechos prisioneros.

La jornada se anunciaba tan brillante como gloriosa. El grito de la independencia corsa dominaba todos los otros. Génova tiembla....

- Al momento uno de los más valientes de la armada corsa, cuyo arcabuz tenía firmemente apuntado hacia el puente levadizo de la ciudadela, se queda pálido y vuelve precipitadamente atrás...

—Parad amigos, parad!...grita él con una voz trémula.

Pero este hombre no era el jefe... no se le escucha... pasaron adelante... El trompeta continúa retrocediendo.

—¿Dónde vástu pues? le gritan muchas voces al mismo tiempo.

—Tienes miedo?, has visto á Belcebú en persona armado de un trabuco fundiendo balas sobre la fortaleza? añadieron los burlones.

—En nombre de Dios vivo, suspended el ataque, respondió con un acento donde se pintaba una espantosa y estraña emoción.

—El huyel gritaban los soldados que no comprendían nada de la retirada inopinada de este hombre, que hasta entonces había sido un compañero intrépido y determi-

nado. Pero el trompeta no se inquietaba por sus injurias.

—Dónde está Pedro Donati? preguntaba él con un aire de mas en mas descompuesto, á todos aquellos que encontraba en el camino.

—Hélo aquí!

Y una mano que acaba de darle en las espaldas le detiene súbitamente.

—Que me quieres tu? pregunta el capitán Pedro con un aire severo... y quién te ha dado permiso para desertar de tu puesto? Sabes que un castigo ejemplar....

El trompeta impone silencio á su capitán con un gesto á la vez atrevido y respetuoso, é inclinándose vivamente á su oído le habla por espacio de uno ó dos minutos.

—Es posible? esclama el capitán, á cuya frente apareció la palidez de la muerte..

—Mirad! dice el corneta:

Y diciendo estas palabras le indica con el dedo á Pedro Donati una de las fachadas de la ciudadela que merced á un golpe de viento que habia disipado las nubes de humo que la cubrian, se veia con claridad.

Un espectáculo horroroso se ofrece á las miradas de Pedro Donati.

En una tronera de la torre en frente mismo de los batallones corsos que marchaban adelante sembrando el espanto y la

muerte en los sitiados, se dejaba ver sobre una piedra que sobresalía, una criatura humana que parecía suspendida sobre un abismo y cuyos pequeños brazos se agitaban desesperadamente en el aire. Aquel niño que semejante á un ángel se remontaba al cielo, aquella víctima sacrificada por la ferocidad de una horda salvaje á una muerte cierta... es el hijo de Gaffori.

—D. Fabiano es un infame! grita el corneta con un aire sombrío.

—Qué hacer? replica Donati apoyando su frente sobre sus manos.

—Es preciso advertirlo á Gaffori, respondió el corneta, y sin mas detenerse se dispuso á continuar su ruta.

—Sí, el padre debe conocer la suerte de su hijo, dice Pedro; es necesario, es necesario absolutamente.... yo te acompañaré.... marchemos!

Y los dos sin hacer caso á las mil preguntas que por todas partes se les hacían se dirigieron por dos caminos diferentes hacia el puesto de observación ocupado por el general en jefe después de haber comenzado la acción.

—Gaffori estaba de pies aparentando calma y frialdad á la vista de una batalla tan sangrienta, como el que está seguro que de un gesto, de una palabra suya dependía la

desgracia ó la salud de la patria.

Cuando vió al capitán Donati, la cara de Gaffori se cambió súbitamente: el asombro le dió un aspecto extraño.

—Qué vértigo se ha apoderado de vos Pedro, y qué ejemplo dais á vuestros soldados? Vuestro puesto no es este; os he llamado yo?

—Conde Gaffori, dice Pedro, venid con nosotros y puede ser que entonces perdoneis mi falta en consideración del motivo que me la ha hecho cometer.

El General quiso oponer otras objeciones.

—Al nombre de la santa virgen Maria protectora de débiles y oprimidos, venid con nosotros! exclamó el corneta con una voz suplicante.

Gaffori, persuadido por el acento de aquellos dos hombres en los cuales la emoción parecía verdadera, dolorosa y profundamente sentida; les siguió esta vez sin replicar.

Mas á medida que avanzaban su sorpresa aumentaba, y pronto su cólera mal contenida prorrumpió en sordas imprecaciones contra sus propios soldados.

La armada, en efecto, se veía de mas en mas inactiva, acá y allá se observaban los batallones replegarse sobre sí mismos y todo se desorganizaba por momentos.

El combate hasta entonces siempre animado y ardiente, parecía dispuesto á ceder por

todas partes.

El desorden se introdujo en la armada corsa; se podía decir una verdadera derrota y una victoria para los genoveses cuando menos se lo podían figurar; pero no se aprovecharon de la ventaja gratuita que se les parecía querer hacer.

Gaffori estaba muerto de indignación; Pedro y el corneta lo arrastraban siempre.

En fin, llegaron los tres á la vista de la antigua fortaleza; el niño estaba siempre en la fatal tronera: Gaffori echa un grito desesperado, uno de esos gritos donde se manifiesta toda la fuerza humana y donde el alma aparece entera.

Aturdido con lo que á su vista se presentaba, quedó un instante mudo, inmóvil y con los ojos espantosos. Al fin murmuró.

—Cruelles sois á fé; porqué me habeis conducido aquí?

—Porque? respondió el capitán Pedro Donati; porque nosotros os amamos conde Gaffori, porque vos sois no solamente nuestro jefe, mas también nuestro amigo, nuestro protector, nuestro padre.... y porqué no queremos una victoria á costa de una herida tan amarga para nuestro corazón.

Gaffori, toma la mano de Pedro Donati, reflexiona un instante y replica con fuerza.

—Nó, Pedro, yo no quiero poner el interés

de mi familia bajo la salvaguardia de una cobardia; yo no quiero que pueda decirseme un día; «tu has preferido el interés de uno de tus hijos al interés de todos los corsos, tú nos vendiste en el campo de batalla por rescatar la vida de tu hijo»... No, yo no quiero esto Pedro, no lo quiero, no!...

—Vuestras órdenes pues, exclama Pedro Donati.

—Mis órdenes!... Os las he dado esta mañana, antes de amanecer! Guerra á Génova!.. guerra sin merced! Yo sé bien continuó Gaffori con una exaltacion creciente, yo sé bien que mi pobre niño va á morir, y morir de un modo tan horrible por manos de esas fieras, pero estoy tranquilo Pedro Donati... que Dios nos dará la victoria, y cuando nosotros podamos decir, hemos salvado la Córcega y sujetado á Génova, estaremos bastante recompensados de nuestros esfuerzos y desgracias. Como Bruto á Roma, como Guillermo Tell en Suiza, Gaffori debe salvar á su pais. Pedro Donati al oír estas palabras cierra las manos con entusiasmo.

—No es tarde añadió Gaffori, se verá si me sé vengar.

Las nuevas órdenes fueron dadas. A la voz respetuosa del general todos los escrúpulos fueron depuestos al deseo de la venganza. Aquella voz fué como la del fuego eléctrico

porque se comunicó en un momento en todo el campo de batalla.

Las falanges replegadas sobre sí mismas se estendieron de nuevo en la llanura y se apresuraron á tomar los principales puntos de la Ciudadela. Se oyó otra vez el eco prolongado de los cañonazos dominando como un sonido de campana fúnebre, el ruido mas seco y menos prolongado de muchos miles de arcabuces.

La tronera donde estaba suspendido el niño de Gaffori fué envuelta por segunda vez por una espesa nube de humo.

Los tiradores avanzaban rápidamente, á la manera que lo verifica el Océano en una marea en tiempo del equinocio.

A la primera señal dada por Gaffori, los puentes volantes fueron echados sobre los fosos, las escaleras se agarraron á las murallas y los mas adelantados comenzaron la escalada.

La carnicería fué horrible.

Antes de una hora de esta encarnizada lucha, los puentes levadizos fueron cortados, y las puertas desmanteladas cayeron con un ruido lúgubre.

No seria fácil dar una idea de la confusion que reinaba entonces entre los genoveses. Aquellos que se resistian caian lo mismo que las espigas bajo la hoz de los segadores.

Ya los genoveses no obedecían á ningun gefe y la mayor parte huían. Los unos para librarse de la persecucion de las tropas corsas que recorrian la campiña destruyendo á manera de un impetuoso torrente todo lo que encontraban á su paso, se echaban al rio Tabignano; los otros se refugiaban en los agujeros de los peñascos y en todos los puntos donde pudieran ocultarse de la vista de los enemigos.

En medio de este inmenso tumulto la voz de Gaffori se hizo oír, como aquella de un juez cuya conciencia está tranquila, pero cuya sentencia será inexorable.

—Mil ducados grita él, á aquel que me traiga vivo á D. Fabiano.

La promesa de una recompensa era supérflua; el celo de los bravos soldados de Gaffori debía hacer mas que la perspectiva de una suma de oro, que en todos los casos no podia ser puesta en balanza con el insigne honor de una captura tan importante como la del gefe genovés.

Por todos los lados comenzaron á la vez á buscarlo. Los patios de la ciudadela estaban libres, las fortificaciones destruidas, los almacenes abandonados; la salida de los vencidos habia sido inmediata, general, instantánea. El interior de la fortaleza fue en menos de media hora transformado en un de-

sierto, donde no se veían acá y allá mas que cadáveres tendidos en el suelo y bagages abandonados.

El capitán Pedro á toda prisa fue á dar parte de aquel resultado al conde Gaffori. Este se puso á reflexionar.

—Capitán, dijo despues de un instante de silencio; ya os he dicho muchas veces la historia de mi cautividad dentro de esos sombríos muros.

—Sí, Conde. D. Fabiano queria la muerte del mejor de entre nosotros, y vos habiais sido condenado, vos y vuestra familia á morir de un mal lento y terrible: el hambre!

—Y Dios, vosotros recordais, replicó Gaffori, no permitió que el crimen se pudiese cumplir. Nosotros llegamos á salvarnos... No os he mostrado muchas veces la salida que nos habia vuelto á la libertad, á la vida?....

—Sí, me acuerdo! esclama Pedro Donati... Un paso tan peligroso... una roca intransitable, un precipicio espantoso!

—Gaffori y su familia la han pasado!... Yo juzgo que D. Fabiano habrá seguido el ejemplo que le he dado.

—Pues voy allá dijo el capitán.

—Yo os espero, replicó Gaffori.

Y haciendo signo á sus soldados para que le siguiesen, se dirigió hácia el interior de la ciudadela.

¡Pobre niño!

Al flanco occidental de la ciudadela de Córcega habia una enorme muralla de granito cuya frente orgullosa como la de un gigante, parecia elevar hacia el cielo una incesante amenaza. Innumerables picos saliendo de las entrañas de las piedras figuraban especie de almenas cortadas por la naturaleza y colocadas á propósito para servir á la Villa de inespugnable defensa. En el fondo de este precipicio corrian hirviendo las olas del Tabignano, cuya voz mugiente se mezclaba al silvido del viento que venia á estrellarse con un ruido lamentable en las profundidades de la roca.

De la cima de este escarpado promontorio habianse visto caer mas de una vez algunos infelices prisioneros corsos que, demasiado débiles para aguantar unaagonia de todos los dias y una desesperacion sin fin, iban á buscar la conclusion de sus males insoportables y un protector contra las persecuciones arbitrarias de la tirania genovesa.

Gaffori, hacia un año apenas, habia llegado con la ayuda de una cuerda á penetrar hasta la parte mas baja de la fortificacion. El resultado de esta expedicion temeraria, habia tenido algo de maravilloso, y la gente

del pueblo había visto en ella un feliz pronóstico para los futuros destinos de la Córcega.

En el fondo de aquel precipicio le esperaba una barca que le puso en libertad, y el resultado de este acontecimiento le inspiró la idea de que Fabiano, instruido por su ejemplo, podía muy bien haber intentado el mismo camino para su salvación.

Gaffori esperaba con profunda ansiedad el resultado de las pesquisas del capitán.

Los oficiales estaban á su alrededor, taciturnos, con la cabeza baja, afligidos en medio de su victoria, porque aquellos espíritus nobles y generosos comprendían, que, si el general podía estar orgulloso de su triunfo, el padre tenía cruelmente herido el corazón. Todos recordaban que en aquel mismo instante en que la Córcega lanzaba un grito de alegría, á su libertador le había costado el mas tierno afecto de su alma, el mas querido tal vez de sus hijos.

Todos callaban, ó mejor dicho todos rogaban en voz baja para que una justa venganza pudiese indemnizar en lo posible á aquel que tan generosamente había sacrificado el bienestar de su familia al bienestar de la patria. Muy pronto se dejaron oír á lo lejos descargas de mosquetería y clamores prolongados. Estos ruidos disminuidos por las

fuertes murallas de la fortaleza, eran no obstante perceptibles para que se pudiese comprender que se habia trabado una escaramuza con el enemigo.

Muy pronto queda todo en silencio.

Gaffori solo murmura estas palabras:

—Yo os he exigido al gefe de los geneveses, vivo; ¿deseáis acaso traérmelo muerto?

Y volvió á tomar su actitud de calma y meditacion. En fin, en aquellos precipicios se dejaron oír algunos ruidos sonoros que retumbaban en la arcada próxima.

—Este es Pedro, gritó uno de los asistentes que hacian la guardia en la puerta.

La fisonomia de Gaffori brilla entonces como un relámpago, su cabeza se eleva, sus ojos inyectados en sangre se dirigen con una indecible fijeza hacia la entrada de la sala; sus manos tiemblan agitadas por la fiebre, no habla una palabra; pero su respiracion es agitada y todo parece anunciar que va á salir de su boca un grito terrible de cólera y de maldicion.

Pedro aparece en fin, y se adelanta hacia Gaffori.

—Y bien le dica este, cuya vida parecia depender de una palabra pronunciada por el Capitan.

—Vos no os habiais engañado, general. D. Fabiano ha seguido vuestro ejemplo; se ha des-

prendido agarrado á una cuerda y ha bajado hasta el río.

—Y vosotros le habeis muerto; ¿no es verdad?

—Nosotros hemos llegado tarde, un solo minuto nos ha faltado, respondió Pedro, y luego.....

Un fuerte quejido salió entonces por la inflamada garganta de Gaffori.

—En el mismo momento en que mis compañeros y yo hemos llegado, él se embarcaba: dos amigos le esperaban.

—Y vosotros le habeis dejado huir? murmura la voz sombría del viejo corso.

—Los tiros que por una y otra parte les hemos dirigido no han dado ningun resultado, continuó Pedro Donati mas lentamente. Mas respirad conde Gaffori..... yo y mis compañeros no hemos abandonado la partida sin obtener resultado..... Nosotros tenemos una prenda.....

—¡Una prenda! replica Gaffori en cuyas pupilas brilla un rayo de esperanza.

—Sí, una prenda..... y que vale bien aquella que os habrán llevado, general..... D. Fabiano ha tomado vuestro hijo..... Yo os traigo la hija de D. Fabiano.

—¡La hija de D. Fabiano! exclamó el conde Gaffori sonriéndose de una manera sarcástica, jùgubre y horrible que parecia el signo avan-

zado de una venganza sin mérced.

—Sí, la conozco, yo he visto esa niña algunas veces cuando paseaba con su padre.....

Este la tenia de la mano;... ella, sonreia...

—Esa felicidad ha terminado para ella, general.

—Sí, yo juro á Dios! replica Gaffori; los dos padres llevarán un mismo duelo!... El huyendo ha dejado abandonada su hija, cobardel!

—General, en lo mas fuerte del combate, y cuando el terror afligia el espíritu de las desgraciadas mujeres abandonadas en la fortaleza, la pequeña hija de Fabiano, un instante olvidada de su doncella, se habia escapado á través de la ciudadela, y á lo que parece, habia llegado á refugiarse en la torre del Aguila. Mientras que la buscaban por todos lados, Fabiano apresurado por el peligro, y no queriendo caer entre las manos de los enemigos, se lanzó en el rio, y como ya os he dicho se arrojó hacia la barca en la cual sus amigos lo recogieron. Las mujeres encargadas de guardar á la niña, la encontraron al fin, y tomándola en sus brazos ensayaron la huida por el bosque hasta la orilla del rio donde un bote pudiera recibirlas y reunir las á Fabiano. Entonces es cuando les hemos arrebatado á la niña del cruel Genovés para daros por lo ménos una preciosa prenda!

—Una víctima. Sí, que la traigan.

—En seguida condujeron á su presencia la hija de Fabiano. Esta era una graciosa criatura, de edad de once años apenas, fresca como una rosa que acaba de estender su corola, pero que se marchita un poco por los rayos del sol de un caluroso día de verano; su fisonomía no parecía comprender por que la habian separado de su padre ni con que objeto se la remitía á manos de los enemigos.

Ella se contenta con abrir sus grandes ojos atónitos, frescos como el agua, puros y hermosos como el azul del cielo.

—Quereis vosotros hacer mal á Benina? pregunta ella con sencillez.

A estas simples palabras, de todo el mundo se apodera un temor involuntario, y las miradas se dirigen simultáneamente sobre Gaffori. Este está inmóvil como una estatua, y la impassibilidad de su fisonomía parece ser la de un juez imparcial que se apresta á pronunciar su sentencia; y que para prepararse dignamente á esta función suprema, se desprende á la vez de todas las debilidades humanas y hasta de sus propias pasiones.

Muchos segundos trascurrieron en un silencio lúgubre, especie de alta obligación que se hubiera podido tomar, por la señal del reconocimiento antes del acto solemne del sacrificio.

En fin, despues de este reconocimiento que le tenia en una insoportable tortura, Gaffori pasea sus miradas sobre el círculo de los amigos que le rodeaban, y habiendo sacado la espada pronuncia gravemente estas palabras.

—Amigos, dejadme solo un momento: Yo necesito interrogar á Dios; mas á todo evento, si yo decido que mi hijo Pablo deba ser vengado por la cuchilla, si yo vuelvo á mi perseguidor herida por herida, si yo contesto al desafio del tigre, con unas represalias dignas de este horrible ejemplo; si en una palabra, yo aplaco los manes del niño inmolado por la ofrenda de una víctima tan inocente como él, qué direis vosotros?

—Nosotros diremos exclama el Capitan Donati, que creia responder en nombre de todos aquellos que estaban presentes, nosotros diremos, que la Ley del Talion es una Ley justa, y que vos hareis bien en hacerla cumplir. Un gesto y grito de asentimiento vinieron á confirmar las palabras del capitan Pedro.

Gaffori, se inclinó en muestra de asentimiento y apoyó sus manos sobre su frente. Entonces Pedro Donati hizo una señal y todos se retiraron con un silencio respetuoso.

La respuesta firme y vigorosa de Pedro, habia profundamente penetrado el alma de Ga-

flori, habia producido en ella el mismo efecto que produciria una chispa sobre un reguero de pólvora. Se sintió loco, herido de un vértigo, insensato. La imágen de su hijo surgia delante de sus ojos, pálida, desolada, sangrienta. El no vé mas á través de un sueño que á su muy amado Pablo cuyas mejillas blancas parecen á la flor de lis, cuya boca de rosa no sonrie más, y cuyos pequeños brazos en vez de agitarse hacia él en señal de alegría infantil, penden tristemente á sus costados. Su fisonomia está manchada de sangre, las balas han taladrado su delicado pecho, y para colmo de horror, Gaffori piensa que aquellos golpes habian partido de sus propios soldados....

El mismo habia muerto á su hijo!

—No, No! exclamo el general corso al instante de esta invocacion terrible que habia puesto sucesivamente bajo su vista todas las fases de esta espantosa catástrofe; no! La sangre de Fabiano es maldita, es necesario herirle hasta en su raza.... A semejante mónstruo que finje ignorar ó que desconoce las mas altas leyes de la naturaleza, es necesario enseñarle lo que es ser padre, y padre de su hijo. Y blandiendo su espada en un transporte de furia, se lanzó hacia la hija de Fabiano; mas cuando apenas el acero habia tocado la blanca piel de Benina.

-¡Oh! piedad, piedad! balbuceaba la pobre cayendo de rodillas y elevando hacia el gefe corso sus temblorosos brazos.

(La conclusion en el número próximo)

PENSAMIENTOS MORALES.

Embriaguez. ¿Para quién son la desgracia y la pobreza, las riñas, los gemidos y las heridas que se hacen sin causa ninguna? Para los que pasan la mayor parte del tiempo en beber vino y van buscando por todas partes en donde se vende mas fuerte. No mireis si el vino esta colorado y brillante; entra al principio agradablemente, pero al fin muere como una serpiente y esparce su veneno como un basilisco.

Salomon.

El trabajador que se entrega al vino no será nunca rico, y el que desentida las cosas pequeñas va cayendo poco á poco.

Eclesiastes.

EJERCICIOS

PARA EL DESARROLLO DE LA INTELIGENCIA.

CHARADA.

Si antes de mi segunda
pones á mi primera
limpidas cual la aurora,

bellas cual la inocencia
próvida la natura
te ofrece muy diversas:
de la estacion de amores
son hijas predilectas.

Ya al frente de una tabla,
ó sobre lisa piedra,
con pizarrin en mano
ó el clarion en la diestra
mil veces te contemplo
en actitud modesta
y absorto practicando
mi segunda y tercera.

Si dejas mi segunda
y tomas prima y terciá
un nombre colectivo
muy bien te manifiestan
Del Continente Nuevo
verásla placentera
llenar nuestras provincias
de cosas las mas bellas.
Para esto, amigo mio,
preciso es que vivieras
en un siglo de triunfos
que la historia nos cuenta.
Bajo otro aspecto es útil
tambien para la guerra,
y si admirarla quieres
en esta primavera
provista de dinero

prepara tu maleta,
y surcando los mares
haz rumbo á la Crimea,
y la verás fluctuante
ostentar la grandeza
de dos vastas regiones,
la Francia y la Inglaterra.
Muy clara te la ofrezco,
pues veo te atormentan
las charadas que ponen
en la Infantil Floresta.

Mi todo es placentero
y la vista embelesa;
tambien es instructivo
y la mente recrea,
si en figurado estilo
atento la contemplas.

Y por fin, lector mio
si mas datos deseas
no ha mucho he pronunciado
la voz que lo revela.
A la vista lo tienes,
¿veamos si lo encuentras?

J. P.

==
*Análisis gramatical y lógico y contestacion á
la pregunta:*

*¿Cuáles fueron los principales descubri-
mientos é inventos del siglo XV?*

==

PROBLEMAS DE ARITMÉTICA.

Primera. Se hace una remonta de 42,000 caballos que deben distribuirse á tres regimientos de tiradores, en razon á su fuerza; la del primer regimiento es á la del segundo como 11 es á 8; la del primero es á la del tercero como 9 es á 7. Se pregunta cuántos caballos corresponderán á cada regimiento?

==

Segunda. Dos correos saliendo el uno de Paris y el otro de Roma; el 1.º corre 45 kilómetros al dia y el otro 40: se pregunta ¿cuál es la distancia de estas dos ciudades sabiendo que los dos correos se encontrarán al cabo de 20 dias.

==

NOTA. En el próximo número insertaremos los nombres de los niños que han resuelto los ejercicios del anterior, y además algunos de los trabajos que nos han remitido.

ZARAGOZA.

—

Imprenta del Instructor, á cargo de Santiago Ballés.

Arco de Cineja, n. 66.--1856.